

«EL CENTRO GALLEGO, DICE SU NUEVO PRESIDENTE LCDO. BAÑOS, HA SIDO Y CONTINUARA SIENDO UNA CASA CUBANA, ABIERTA A TODOS LOS CUBANOS»

«No hay ni habrá mar de fondo en la política del Centro, que seguirá la línea tradicional de esta casa puesta al servicio de cubanos y españoles», agrega. — Y afirma que fué D. Tomás Estrada Palma el brazo poderoso que movió hacia su grandeza a esa asociación

Tiene un recuerdo cariñoso para D. Nicolás Rivero, «quien fué para mí, dice, como un padre y un consejero, y todo el afecto y admiración que hacia él sentía lo llevé después a la persona de su hijo, ese ilustre cubano de tanto talento que se llama Pepín Rivero y Alonso



El Licenciado Secundino Baños, que acaba de ser elegido Presidente del «Muy Ilustre Centro Gallego», hace a nuestro redactor, doctor Renato Villaverde, interesantes declaraciones con motivo de su reciente elección. En la foto aparece también (derecha) don Juan Varela Grande, que acaba de entregar la Presidencia al Licenciado Baños.

El señorial Palacio del «Muy Ilustre Centro Gallego»—majestuoso símbolo en la piedra que conserva y canta, de la fraternidad hispanocubana—reverbera entre los mil deslumbramientos de nuestro sol invernal. Previa cita, matemáticamente puntuales, llegamos a la vera del licenciado Secundino Baños, recién elegido, por tercera vez en su larga vida dedicada al «Centro», presidente de esa digna institución que honra a España y enaltece a Cuba. Sus amplios y acogedores salones—mármol sobre mármol—han recuperado su habitual ritmo de vida, después del fragor que los animara el domingo último, al celebrarse las elecciones que han llevado a don Secundino Baños a regir de nuevo sus destinos, desde su sitial más alto y responsable.

Una sonrisa amplia, al recibirnos, nos abre la cordialidad del presidente. Hacia un buen racimo de años que no veíamos a don Secundino; y a fe que sabe el sendero que conduce a la Fuente de Juventa... Pero, pese a nuestras preguntas, se mostró avaro de su secreto...

Este intachable caballero sigue siendo el mismo paladín de antaño, dinámico en la faena, justo y certero en el juicio, extravasado en un ansia de servicio genérico, noble hijo de la noble España, a la que no olvida, aunque amando a Cuba sobre todas las cosas. Su entusiasmo y su vitalidad son portentosos. Sus ilusiones se mantienen frescas, al igual que hace cuarenta y un años, cuando ocupó por vez primera la presidencia del Centro Gallego. Sus proyectos alientan superación, tal como su fundado e inquebrantable optimismo.

—¿Muy satisfecho de su éxito electoral, don Secundino?—preguntamos, después de felicitarlo por su triunfo.

—¡Si!—responde. Esa es la palabra: ¡muy satisfecho! Pero no estime que si en este nuevo periodo pienso hacer obra constructiva, confío sólo en mis propias fuerzas. Mi mayor seguridad de éxito la deposito en los colaboradores que tengo, hombres, todos, fraguados en el amor al trabajo y en el ansia de servir. Con una Junta Directiva como la presente, ¡créame!, no se puede fracasar...

Mientras la charla prosigue, nos encaminamos a su despacho. Nos acompaña también don Juan Varela, otro gran hijo de España que ha formado su hogar en Cuba y que acaba de entregar al licenciado Baños la presidencia del Centro Gallego. Al caminar entre los dos hombres, viene a nuestra imaginación el conocido juego de palabras: El «ex» y el «as»... Pero en este caso no es aplicable: estoy rodeado de «ases»...

¿Quién podría decir, viendo su juvenil gallardía, que el licenciado Secundino Baños lleva cincuenta y ocho años en Cuba? La línea de su vida ha sido recta, como la que trazan en el aire las saetas disparadas de arcos maestros, que dan siempre en el corazón del blanco. Los bancos de nuestro Instituto y las aulas universitarias de la capital habanera recogieron sus desvelos de estudiante. Su bufete de licenciado en Derecho, durante largos años ha sido crisol de éxitos jurídicos. He aquí los dos «leit motive» de su existencia: su carrera de abogado, en la que ha puesto todo el vigor de su cerebro, y su dedicación al «Centro Gallego», al que llevó, además, lo mejor de sus emociones. Y si quisiéramos hallar un tercer motivo de aliento para su existencia, llegaríamos a su hogar netamente cubano: su esposa, sus hijos, sus nietos, sus yernos y sus nueras, remanso sentimental del fuerte tronco de familia, son el orgullo más legítimo, por más criollo, de don Secundino Baños.

Tras su mesa de trabajo, en amplio sillón giratorio, se acomoda nuestro distinguido entrevistado. Nosotros, a su vera, nos hundimos en confortable butacón, que invita a la charla y a la confianza.

—¿Antes de situarnos en la actualidad—inquirimos—quisiera usted recordar algo de la generosa cooperación que brindó a don Tomás Estrada Palma?

La pregunta ha sido escuchada con atención por don Secundino. No la contesta de inmediato. Se arrellana en su sillón, pero sus ojos penetrantes, al achicarse escrutando el vacío, nos hablan de una emoción dormida en sus recuerdos. No sé por qué nos imaginamos que esas palabras han tocado sus cuerdas sentimentales. Su respuesta, lenta al principio, comprueba nuestra intuición:

—He ahí un tema, amigo Villaverde, que podría, él solo, ser objeto de una entrevista. Puedo asegurarle que

don Tomás fué el brazo poderoso que movió esta asociación. Le debemos todo: el Centro y la Quinta. Pero vayamos con un poco de orden—agrega, demostrando una vez más la buena organización de su pensamiento—. A pesar de ser muy joven entonces, ya yo era presidente del Centro. Cuando don Tomás llegó a la Habana, fui, acompañado de la Junta Directiva, a darle la bienvenida. En esa visita inolvidable, cuyos detalles no he de contarle, el ya Presidente de Cuba nos ofreció venir a nuestra asociación el mismo día en que tomara posesión de la primera magistratura de la República. Cumplió su promesa. Nunca olvidaré

aquella memorable visita que honró nuestra casa, el 20 de mayo de 1902. La realizó de noche, acompañado de su Gabinete, en pleno. Nuestros salones estaban atestados de socios, gente humilde, trabajadora, pero plena de un deber cívico al que no faltaba entusiasmo. Al llegar el Presidente, como obediendo a una consigna que nadie había dado, aquella masa humana, unida de respetuosa admiración, se abrió en dos alas... Créame que yo estimo que la memorable visita que nos hizo el presidente Estrada Palma selló, desde entonces y para siempre, la armónica comprensión que existe entre los hijos de Cuba y España...

Queda silencioso el licenciado Baños; sin embargo, una sonrisa de satisfacción se marca en sus labios. Después, respondiendo a una pregunta, siempre ahondando en el mismo tema, nos dice:

—Mis contactos con don Tomás los facilitó su secretario de la Presidencia, el doctor Jorge Alfredo Belt, al cual me unía una entrañable amistad nacida al calor de las aulas universitarias. Fué mi compañero de estudios. Ya entonces teníamos adquiridas las manzanas de terreno donde hoy se alza nuestro más grande orgullo: «La Benéfica». Estrada Palma autorizó el cierre de esas manzanas, para que los enfermos no estuvieran en casi contacto con el público...

Muchas otras interesantes cosas nos narró don Secundino de la actuación benéfica del presidente Estrada Palma en pro del Centro Gallego. Pero el tema que hoy nos lleva a entrevistarlo no nos deja repetirlos. Así, pues, dando un salto de cuarenta años, caemos en la actualidad. Sin embargo, antes de entrar de lleno en la misma, me dice aún don Secundino:

—Mi amistad con don Tomás nació desde entonces. Fui compromisario presidencial suyo en su reelección. También—añade con una sonrisa—he seguido muy de cerca los vaivenes políticos de Cuba. Tanto me he interesado por su vida pública, que he sido compromisario senatorial de Hornedo, de Varona Suárez y de Barreras...

A

3

La charla se interrumpe. Alguien se acerca a despachar con el presidente del Centro Gallego un asunto urgente. Observamos a nuestro entrevistado, en el que la energía y la cordialidad se funden en estrecho abrazo. Su figura, unida a su proyección en la vida de nuestro país, es reciamente cubana e idealmente española. Y podemos afirmar, sin embozados reparos y sin la extravagancia de la exageración, que en el licenciado Secundino Baños se resume una plena coincidencia de la hispanocubanidad. En un paréntesis

de su charla, afirmando sus sentimientos criollos, me dijo lo siguiente:

—Mi vida, mi sueño, mi todo está en Cuba, en mi hogar cubano y en esta tierra que considero tan mía como si en ella hubiera nacido... Mi deseo, al igual que mi seguridad más firme, es saber que moriré en Cuba y que seré enterrado en este suelo que tanto amo...

Al llegar a este punto, pido una excusa para mi indiscreción periodística: Don Secundino Baños, disimulando una emoción intensa, limpió sus lentes montados al aire. Sus cristales y sus pupilas estaban empañados. Y no podemos hacer responsable de ello a las ráfagas blandas de nuestro invierno tibio...

—¿Qué puede decirme de las últimas elecciones?—pregunto.

—Nada que usted no sepa—responde con lentitud. La mayoría de los socios votó mi candidatura, y yo me siento satisfecho de esa confianza que no he de defraudar...

—Seguros estamos de ello, licenciado—le interrumpimos—pero, aclarando más la pregunta, ¿el agitado período preelectoral puede proyectar algún mar de fondo en el desenvolvimiento futuro del «Centro»?

—Desde luego que no—responde sin un titubeo. Veo que usted se refiere a la aspiración, calorizada por un núcleo de asociados, del señor Francisco Batista. Días antes de la elección, como es sabido, el señor Batista renunció al proyecto presidencial, siguiendo el consejo de su ilustre hermano, el presidente de la República, Fulgencio Batista. Esta renuncia, naturalmente, facilitó las cosas. Y estoy convencido de que no se presentará ese mar de fondo que usted apunta. Panchin Batista es un viejo asociado del «Centro», que persigue con entusiasmo su mejoramiento. No sólo tengo la convicción de que no hará nada por dificultar la labor nuestra, sino que tampoco permanecerá inactivo. Es más, estoy seguro de que hará cuanto esté a su alcance por cooperar con nosotros, generosa y cordialmente, para los mayores beneficios de la colectividad que representamos. Después de las

elecciones me ha enviado un abrazo. Y ese gesto cordial—agrega alzando la voz, en la que resuena un tintineo emocionado—lo he recibido con los brazos abiertos, adentrándolo muy hondo en el corazón.

—¿Entonces—pregunto de nuevo, tratando de aclarar de una vez por todas cualquier mal entendimiento a este capital respecto—el señor Batista mantiene relaciones normales con la actual Directiva?

—Exactamente—responde—aunque la expresión «relaciones normales» yo la ampliaría, con vista a la actitud armónica asumida por el señor

Batista y con nuestros francos y decididos deseos de cooperar con todo aquel que venga de buena fe a ayudarnos, a «relaciones cordiales», agregando «francamente prometedoras».

Queda, pues, aclarado, sin dar lugar a que la tenebrosa duda se filtre, que en el «Centro Gallego» no hay escisión alguna. Panchin Batista y Secundino Baños, cada uno en su posición respectiva, pondrán de su parte lo mejor de sus voluntades por el beneficio de todos. Es esta una solución admirable, digna de esos nobles espíritus que han hecho del «Centro» una asociación de servicio digna de encomio.

Vamos a otro tema. El licenciado Baños aguarda la nueva pregunta, que sacamos a la luz sin fórmulas dilatadas:

—¿Qué política habrá de seguir la actual Directiva?

—La tradicional, la que es nuestro orgullo—responde con presteza. He de continuar la obra constructiva que me ha entregado mi predecesor, el señor Juan Varela Grande, inspirada en los mejores principios, y que revela cuánto hay de honorable capacidad en mi digno antecesor, un hombre todo voluntad, firmeza, talento y carácter.

—Dentro del cuadro de la misma política—inquiero de nuevo—¿qué programa tiene en cartera?

—Dos, en líneas generales: el estudio de la ley de retiro de los empleados del «Centro», que, una vez en vigor, premiará la vejez de sus esforzados servidores, y otra, muy importante también, que se refiere a la reforma del reglamento.

—¿Cuál es el objetivo de esta reforma?

—Adaptar la vida social del «Centro» a los postulados de la nueva Constitución de la República. Esta reforma se llevará a cabo inmediatamente, pues queremos cumplir, con toda urgencia, nuestras obligaciones cívicas. Fundamentalmente, además—agrega después de una pausa breve—continuaremos la línea histórica

Los señores Baños y Batista...

El licenciado Baños...

La política...

El programa...

El objetivo...

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

del «Centro Gallego» que, en una época ya remota, dió protección a la colonia española, la siguió brindando posteriormente a sus descendientes cubanos y, en forma general, a toda la sociedad de Cuba. No se puede olvidar—me dice con entusiasmo—que el «Centro» llena dos servicios admirables: el de la cultura, que reciben los socios, grandes y pequeños, con nuestros cursos de enseñanzas diversas, y el de la salubridad, cuyo mejor vocero es la quinta «La Benéfica» y su mejor animador el gran hombre que la dirige.

—Cayetano García Lago, verdad?
—Sí, señor; don Cayetano, un hombre extraordinario, presidente de la Sección de Sanidad; he ahí un socio verdaderamente ejemplar. Créame, Villaverde, que no tengo palabras para loar el admirable servicio que brinda. Puede decirse que es la vida de nuestra quinta de salud, su cerebro y su espíritu más entusiasta.

La palabra fácil del licenciado Baños se desliza rápida a compás del tiempo. Hemos hablado largamente. Sin embargo, a trueque de abusar de su bondad y de su tiempo, cerramos la «interview» con una última pregunta:

—¿Cuáles son, exactamente, las relaciones que existen entre el «Centro Gallego» y las «Hijas de Galicia»?

—Exclusivamente de simpatía. Es una entidad aparte, que nada tiene que ver con el «Centro Gallego». En consideración a la hermosa obra que realizan, no hemos querido abrir nuestro sanatorio a las mujeres. Pensamos que esta competencia, que no es necesaria para nosotros, podría traer algún perjuicio a esa digna y utilísima asociación.

Esta respuesta, todo hidalgua, nos da la medida de la bizarra generosidad de estos caballeros que nacieron gallegos para convertirse en cubanos. Y la sombra de aquel manchego que resume la nobleza del alma española, cruzó rauda por nuestra imaginación...

Ya de pie, el periodista sigue siendo insaciable. Y la interrogación surge de nuevo:

—¿Cuál es la posición del Centro Gallego frente al drama del mundo y frente a los problemas de España? Responde sin vacilar:

—La misma de siempre. Junto a la causa democrática, muy cubanamente. No olvide que las sociedades regionales fuimos a ver al Presidente de la Republica, inmediatamente después de declarada la guerra al Eje, para brindarle una cooperación que nuestros actos posteriores no han desmentido. Y en cuanto a la segunda parte de su pregunta—me dice con claridad meridiana—he aquí mi respuesta: Muy cubanamente también deseamos la mejor armonía entre ambos pueblos. Los dos se beneficiarían, dado el cúmulo de intereses recíprocos que calorizan. Una mejor concordia ya se vislumbra, y ojalá que la política que en tal sentido desenvuelven ambos gobiernos, noblemente inspirados, llegue a soluciones que podamos aplaudir para el mejor

éxito de todos, especialmente de Cuba y de los cubanos.

Dejamos el despacho presidencial. Al estrecharme la mano por última vez, don Secundino me dice lo siguiente:

—Sepa que yo, en el orden personal, tengo una deuda de gratitud para con el DIARIO DE LA MARINA. Don Nicolás Rivero fué para mí como un padre y un gran consejero. Ese afecto y esa admiración que a él me ligaron los llevé después a la persona de su hijo, ese ilustre cubano de tanto talento que se llamó Pepín Rivero...

—Adiós, licenciado; muchas gracias por sus interesantes declaraciones.

—Hasta la vista, Villaverde; no olvide que el «Centro Gallego» ha sido y seguirá siendo siempre una casa cubana, abierta a todos los cubanos...

*

Estoy en la redacción del DIARIO tecleando esta entrevista. Cuando la espina dorsal protesta de la curva-

DM, feb 18/43

PATRIMONIO
DE LA HABANA